

otra cosa que blasfemar y vivir entregados al crimen y al libertinaje, lloran su vida pasada, se confiesan y son reputados dignos de acercarse á la sagrada mesa. Estos prodigios llenan de asombro á la poblacion protestante de la Australia y conmueven en su seno á los hombres de buena fé. Dios se sirve de la conversion de los mas malos para mover y convertir á los que lo son menos.

Mons. Brady, primer obispo de Perth en la Nueva-Holanda, tomó posesion de su diócesis el 8 de enero de 1846. Tras él desembarcaron en aquellas lejanas playas y cantando sagrados himnos treinta personas, entre las cuales se cuentan hijos de San Benito, religiosos del Sagrado Corazon de María y hermanas de la Merced. La piadosa colonia no pensaba dirigirse mas que al cielo, y ya en la costa habia sido oida su voz; algunos salvages acudian movidos de la novedad de este espectáculo; los blancos abandonaban sus trabajos al escuchar los acentos de aquella oracion no acostumbrada, y reunidos bajo las bendiciones de su comun padre, parecian presagiar el venturoso dia en que estas diversas naciones quedarán confundidas en la unidad de una familia cristiana (1). La Nueva-Holanda es tenida por siete ú ocho veces mayor que la Francia (a).

(1) *Anales*, t. 18, n. 109, p. 527.

(a) Aunque sentimos que la falta de espacio no nos permita hacer una estensa reseña de la parte que tienen en estas misiones los españoles, no podemos prescindir en decir siquiera dos palabras.

Sabido es que á las misiones de la Australia fueron dos religiosos benedictinos españoles los PP. Serra y Salvado. Los trabajos que estos padecieron son bien conocidos, pues *El Católico* ha publicado multitud de cartas relativas á estas misiones. Ambos religiosos, revestidos con el carácter episcopal, han estado en nuestra patria y de aqui han llevado colaboradores y recogido algunas limosnas para continuar la obra comenzada. Hoy el P. Serra es el obispo y administrador de Perth, y el P. Salvado lo es de Puerto-Victoria.

Tambien son españolas las misiones del Tong-King oriental y del Tong-King central, que están á cargo de nuestros religiosos dominicos, de cuyas glo-

El primer obispo de la Oceania occidental, Mons. Pompallier, salió de Francia el 24 de diciembre de 1836 con cuatro sacerdotes de la sociedad de María y tres hermanos coadjutores. Uno de estos primeros misioneros, el P. Bret, murió en el camino. El 4.º de noviembre de 1837 el buque se detenía en Wallis y dejaba allí al P. Bataillon sin otras armas que la cruz contra la heregia, que tenia sus ministros instalados en todos los archipiélagos vecinos, y contra la idolatría, que tenia por protectores á todos los reyes infieles. Algunos dias despues, la isla de Futuna, que está á una jornada de distancia de Wallis, recibia al P. Chanel, que siendo el primer apóstol de esta isla fué tambien á los tres años su primer mártir; pero dejó preparada una abundante mies que regó con su sangre y que hoy recojen gozosos los misioneros. Finalmente, el 10 de enero de 1838, Mons. Pompallier desembarcaba en Hokiangá, en la Nueva Zelanda. En esta gran tierra encontró algunos colonos católicos de Inglaterra y de Irlanda, muchas tribus ganadas ya al protestantismo, y la inmensa mayoría de la poblacion todavia infiel. El obispo fijó su Silla en la parte del Norte, y desde entonces quedó constituida su Iglesia.

Como los numerosos archipiélagos de la Oceania Occidental están separados por vastos brazos de mar y poco frecuentados por navíos, la Santa Sede creyó conveniente aumentar allí los vicariatos apostólicos. Mons. Bataillon fué nombrado para la Oceania central y consagrado en Wallis el 3 de diciembre de 1843. Su jurisdiccion comprendia entre otros archi-

riosas tareas ha publicado y publica frecuentemente *El Católico* numerosas noticias.

En la Mesopotamia hay igualmente misioneros españoles, religiosos capuchinos, de los cuales así como del fruto que han conseguido pueden verse en *El Católico* no pocas cartas. (N. del E.)

piélagos el de Fidgi, que en 1844 recibió dos sacerdotes y un hermano coadjutor, y el de los Navegantes, en el que un año despues se inauguraron dos nuevas misiones. En enero de 1846 habia en este vicariato veintiu religiosos de la sociedad de María. En este número no se incluye á Mons. de Amata, coadjutor de Mons. Bataillon, que fué enviado á la Nueva Caledonia, al otro extremo de la Oceania central y que en 29 de diciembre de 1845 comen zó con otros dos sacerdotes y dos hermanos coadjutores aquella mision probada por tan largo tiempo; la cual forma hoy el tercer vicariato, que comprende la Nueva Caledonia y las Nuevas Hébridas, y está dirigido y administrado por Mons. de Amata que tiene por únicos colaboradores á cinco religiosos, sacerdotes ó catequistas. En 1844 se estableció el cuarto vicariato, á saber, el de la Melanesia y de la Micronesia. Mons. Epalla, obispo de Sion, que era su titular, habia llevado consigo doce religiosos de la sociedad de María, y regó con su sangre el archipiélagos, habiendo sido muerto por los salvages de su diócesis el 19 de diciembre de 1845. Despues en 1846 se estableció allí la mision; y Mons. Colomb, su coadjutor nombrado, le reemplaza hoy con el título de vicario apostólico. La dificultad de las comunicaciones y los peligros corridos por los misioneros hizo conocer á la sociedad de María la urgente necesidad de tener correspondientes en Sidney (Nueva Holanda), para socorrer á los apóstoles de la Oceania occidental; así pues se establecieron allí en 1845 dos sacerdotes y un hermano coadjutor. Tal ha sido hasta 1847 la marcha de los acontecimientos y la série de las fundaciones desde 1837, época en que renacieron estas misiones.

En la Nueva Zelanda, donde habitualmente reside el primer obispo de la Oceania oriental, parece que la Religion se propagará con

rapidez entre unos pueblos poco há considerados como los mas feroces del hemisferio austral. Hé aquí lo que en 28 de agosto de 1839 escribia el obispo Pompallier á un amigo suyo de Francia:

«Cuando hace tres años me escribais, estos queridos pueblos, por cuya felicidad trabajo con tanto gusto, no tenian idea alguna de nuestra santa Religion, al menos de la Iglesia católica, nuestra madre; mas ahora, gracias á las infinitas misericordias del Señor, numerosas tribus, asentadas por tanto tiempo á la sombra de la muerte, han visto la luz de la salvacion; multitud de salvages adoran en espíritu y en verdad al Dios que los ha redimido á costa de su sangre. A vista del cambio que en ellos se nota desde que se hallan suficientemente instruidos en las principales verdades de la fé, casi llega uno á creer que los horrores de que se hacian culpables deben de atribuirse mas bien á las tinieblas de su ignorancia que á la malicia de su corazon. ¡Qué consuelo! ¡qué gozo para el misionero que es á la vez testigo é instrumento de estas maravillas de la gracia! Un nuevo-zelandés, sin la luz del Evangelio, es por el horrible pintarrageo de su cuerpo, por sus ojos vivos y su aire feroz, imágen de un demonio; pero hecho catecúmeno, y sobre todo cuando ha llegado á neófito, ya no es conocido á pesar de su pintarrageo que no se quita, su mirada es bondadosa, afable su aire y sensatas sus palabras; su oficioso proceder y sus modales inspíran confianza. A las veces me enternezco hasta saltárseme las lágrimas, cuando veo algun gefe de tribu andar muchas leguas por medio de bosques para venir á consultarme acerca de algunos puntos que atormentan la delicadeza de su conciencia. Apenas comenzaron á conocer la ley de Dios, cuando ya se les ve enteramente ocupados en conformar con ella su conducta, á fin de agradar al Grande Es-

piritu, criador y soberano bienhechor de los hombres. ¡Con qué sencillez y naturalidad descubren sus pensamientos al ministro de los altares! ¡Cómo saben apreciar nuestro afecto y el interés que por ellos nos tomamos! Así es que nos aman de veras, y ellos y sus mas distinguidos gefes se me ofrecen para acompañarme en mis lejanas escursiones; el uno se encarga del altar portátil, el otro de la caja de los ornamentos ó de los víveres necesarios para quince ó veinte compañeros de viaje. Algunas veces me vienen ganas de reir al verme solo en los desiertos con esta tropa de antiguos canibales, pintarrajados, mal vestidos y siempre armados con su buen palo ó con alguna arma europea. Creeríaselos una cuadrilla de salteadores, y sin embargo, son inofensivas ovejas que van anhelosas de seguir los pasos de aquel que Jesus les ha dado por pastor. Ellos me hacen cuantos buenos servicios pueden y guardan los mayores miramientos al carácter de que yo estoy revestido; ellos preparan mi comida, la cual por respeto tienen la atención de servirme á parte. Si se encuentra un rio, un arroyo ó cenagal y hay que atravesarlo, andan á porfía sobre quién me ha de llevar á cuestras, pues todos quisieran llevarme; hasta el gefe mayor disputa con los demas esta carga y en este punto como en todo lo demas es ordinariamente obedecido. Cuando llega la noche, si no hay cascas donde dormir, al punto hacen unas chozas con ramas de árboles y de tierra; despues se descansa un corto rato y se está de conversacion á la luz de un gran fuego encendido en medio de la cabaña; la oracion de por la noche, una breve instruccion, un cántico que ellos cantan con voz fuerte y con gran fervor en la soledad y el silencio de los bosques, y por último, la señal de la cruz que mando hacer solemnemente á todos al mismo tiempo, terminan nuestra jornada. Muchas veces sucede que, en

lugar de dormirse, el uno viene á hacerme una pregunta, el otro me propone una duda y así se enreda la conversacion y se va alargando sobre materias religiosas hasta bien entrada la noche. Abi tiene Vd. una rápida ojeada de mi vida en este pais.

»Y no se figure Vd. que uno se fastidie de estas escursiones entre los salvajes; lejos de eso no hay placer que pueda compararse al que en ellas se experimenta; escepto en el cielo, yo creo que no hay una dicha tan grande como la de trabajar por la salvacion de mi querida grey. Sin duda que tenemos que sufrir tribulaciones y sostener combates contra el demonio y contra los enemigos de la Iglesia; pero Dios es tan bueno que convierte las mas pesadas cruces en manantiales de inefables consuelos. Todo cuanto se ha hecho hasta aqui para perjudicar á nuestro ministerio ha servido antes bien para su provecho. Ahora en toda la Nueva-Zelanda no quieren los pueblos mas que á la Iglesia católica, á la Iglesia tronco, como ellos la llaman, y se niegan á escuchar á los ministros de las iglesias *ramas cortadas*.

En 15 de octubre del mismo año de 1839 escribia desde Nueva-Zelanda un misionero: «¡Cómo describiros la feliz influencia que la Religion ejerce en los naturales! De ello podeis juzgar por algunos rasgos que voy á trazar segun me vayan ocurriendo. Una vez estaba una tribu deliberando acerca de declarar la guerra á su enemigo; retratábase en todos los rostros la indignacion; el jefe arengaba al pueblo y todas sus palabras respiraban sangre y fuego; se llegaba hasta el punto de querer exterminar á la tribu enemiga. Entonces vino á mí uno de los principales guerreros y me dijo al oido: «Verdadero misionero, somos muy malos; ven y habla en favor de la paz.» Fuí, lo hablé, y el resultado de mi discurso luego que hubieron oido, fué una reconciliacion completa.»

El mismo misionero escribia en 5 de marzo de 1840: «Apenas dejamos la tribu de Mototapu, acudió allí la heregia para sembrar la discordia. Un ministro protestante y algunos de sus adeptos pensaron envilecer á nuestro venerable obispo dando su nombre á inmundos animales. Semejante insulto hecho á un jefe hubiese provocado en otro tiempo una guerra de esterminio. Todos los naturales se indignaron y aun no pocos deducian de ahí que la reforma no es fuerte en pruebas, puesto que es tan pródiga en injurias. Por lo demás, estos procederes no deben sorprendernos, pues tienen su origen en la pena que les causan los progresos de nuestra santa Religion. En efecto, por todas partes nos tienden sus brazos los salvajes; casi no tenemos que hacer mas que presentarnos en medio de una tribu para que se convierta. *Necesitamos un sacerdote*, este es el clamor que se nos dirige de todos los puntos de la isla, ese el que me repetia poco ha el jefe principal de Ahiparu al despedirse de mí. Me habia acompañado por espacio de mas de media hora, y á cada paso se detenia, me obligaba á volver atrás y sentarme á su lado para repetirme que necesitaba un misionero, que su tribu no podia pasarse sin él, y que el señor obispo no podia desatender una peticion tan justa. Pero cuando se ostenta mas viva y patética la fé de estos pueblos, es cuando la Iglesia los llama para la celebracion de los santos misterios. Desde el sábado se les ve acudir por tribus, aunque estuviesen á seis millas de distancia. Hasta el lunes por la mañana se quedan desiertos sus pueblos; porque el domingo es á sus ojos un dia tan santo, que no debe perderse de él ni siquiera lo que se emplease en el viaje. Es un espectáculo que siempre me conmueve y edifica el ver á nuestros zelandeses agrupados en derredor de las hogueras que han encendido á la orilla del mar, y

preparando su modesta comida, sin que parezca se acuerden de las privaciones que sufren en el cumplimiento de un deber sagrado. Por la noche no tienen para descansar mas lecho que la arena de la playa, ni mas techo que la bóveda del cielo; así que muchas veces la lluvia los sorprende en medio de su sueño. No pocas veces algunas barcas cargadas de fieles han zozobrado al atravesar la gran bahia que separa sus habitaciones de la nuestra; pero estos percances no han sido capaces de intimidar el valor ni de amortiguar el celo de nuestros queridos neofitos.»

Otro misionero, en una carta de 6 de enero de 1840, nos presenta á una tribu armada deponiendo sus hachas y sus fusiles al ver al obispo, restituyendo los objetos que habian robado á un extranjero, y exclamando: «*Epicopo* está con nosotros, y su presencia nos hace felices á todos.» *Epicopo* es el nombre que dan al obispo. La misma carta habla de varios enfermos curados milagrosamente, en especial al recibir el bautismo. El misionero añade: «Mañana piensa el P. ir á la tribu de Winiak. Haces pocos dias que una diputacion compuesta de los sugetos mas distinguidos de ella vino á cumplimentar á nuestro obispo con motivo de año nuevo y le pidió por aguinaldo que les enviase un misionero. Por mas que el prelado les dijo que aun no tenia un sacerdote que supiese el maoris, ellos contestaban: «Eso no importa, que venga y nosotros se le enseñaremos. Ya hace bastante tiempo que nos lo estais prometiendo: si pues no quereis cumplir vuestra palabra, no nos marcharemos de aquí.» Monseñor accedió á sus fervientes deseos, y ya los tiene V. locos de contentos, como suele decirse.»

En fin, el mismo obispo escribia en 14 de mayo de 1840: «Los combates del Señor son continuos para mí en este pais. Acabo de llegar de un viage de dos meses que he hecho

por mar, cerca de cien leguas de la Bahía de las Islas, mi residencia habitual. He recorrido nuevas tribus, cuyos gefes tenían desde hace mucho tiempo solicitada mi visita. El resultado de esta larga escursión ha sido hacer volver á la fé católica uncs cuarenta pueblos ó colonias. Pero ante todo conviene explicar lo que aquí se entiende por volver á la fé católica. Por esa frase se entiende el reconocer que nuestra Iglesia es la sociedad antigua, la Iglesia-Madre fundada por el Salvador. Ordinariamente significa también comprender que ella es la única verdadera y que fuera de ella no se puede tener á Dios por padre; significa saber que el Papa ha sucedido á San Pedro y los obispos á los demas Apóstoles para gobernar en nombre de Jesucristo y de acuerdo con el Soberano Pontífice la sociedad de los cristianos hasta que al fin de los siglos venga el Señor á juzgar á todos los pueblos y á dar á cada uno segun sus obras. Volver á la fé católica es reconocer la unidad de Dios y la trinidad de las personas, la creacion del universo, el origen, la caída y la redención del hombre, la virginidad y la maternidad divina de María; es rezar por la mañana y por la noche el *Padre nuestro*, el *Ave-maria* y el *Credo*, cantar el cántico acerca de la divinidad, de sus perfecciones y beneficios, y observar el santo día del domingo; finalmente, es saber que debemos amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos. Sin embargo, volver á la fé católica no es todavía haber participado del bautismo, es deseárselo y prepararse para recibirle. Calculo en mas de quince mil el número de naturales de aquel país que he dejado con tan favorables disposiciones.

En este último viage no he podido detenerme mas que unos pocos días en cada tribu; y ese tiempo se empleaba ya en instruir á la población en las verdades mas importantes de la Religión, ya en refutar las calumnias que la

heresia propala contra mí y contra la Santa Iglesia. Los metodistas me han prodigado tantas veces el epíteto de *Anticristo*, que mis buenos salvages, sin conocer la significación de esa palabra, me saludaban con ese nombre á mi llegada creyendo con ello honrarme. A fin de inspirar á los zelandeses aversión á mi persona y á mi ministerio se supone en mis folletos que circulan por todas partes que yo he venido á estas playas para apoderarme de las tierras y esclavizar el país; que despues de haber tomado las mugeres, haré degollar los esposos, los arrojaré al fuego, etc. etc. Dignense los asociados de la Obra de la Propagación de la Fé pedir al Dios de las misericordias perdone á esos infortunados ciegos tantas injurias; nosotros se las perdonamos de buena voluntad porque no saben lo que se hacen.»

Wallis, llamada Ouvea por los naturales, es una isla llana, poco montuosa, rodeada de algunos islotes, de los cuales solo hay dos habitados. Hace cuatro años que estaban allí trabajando dos misioneros, pero sin mucho fruto, y aun momentos hubo en que se creyó todo perdido. Resfriábase la fé de los neófitos, el mas distinguido de ellos vióse muchas veces amenazado de muerte por los infieles; tratábase de espulsar á los misioneros y hasta de quitarles la vida. Calificábaseles de impostores: «¿Dónde están vuestros padres y parientes? se les decia. ¿Dónde está vuestro obispo que debia de llegar en el término de seis lunas? Cuatro años han pasado ya y no llega; os ha abandonado.» Por fin, despues de cuatro años de expectativa, llega el obispo Pompallier. «A su vista se desvanecen las preocupaciones, así escribia en 12 de mayo de 1842 uno de los misioneros, el P. Bataillon; quedan confundidos los calumniadores y durante su estancia entre nosotros, que ha sido de cuatro meses, han sido bautizadas mas

de mil doscientas personas. Aun quedan unos trescientos catecúmenos que no tardaremos en admitir á la participación del sacramento de la regeneración, y dentro de quince días nos dejará S. I. despues de haber bautizado y confirmado á todos los habitantes de la isla (1).» —«¿Qué cambio en cuatro meses! esclama otro misionero en carta de 9 de mayo. La isla se ha renovado de tal manera que ya no es conocida; estos pobres naturales comprenden al fin el valor de la fé que han abrazado. Hace unos días ballábase el rey á bordo de la goleta de la misión con varios de los principales indígenas, y despues de haber examinado todo con la mayor minuciosidad, dijo á los gefes que le escoltaban: «Todas las riquezas de los blancos me importan bien poco; lo que sí me importa, lo único que mi corazón anhela es la Religión cristiana, es el conocimiento del Dios que nos amó hasta morir por nosotros.» Volviéndose luego al P. Bataillon, le dijo: «Te doy gracias por el afecto que me tienes; yo era ignorante, y te rechazaba y quería espulsarte; pero tú nos amabas, tuviste paciencia, y has sufrido mucho; Dios te lo pague!» Y al decir estas palabras rodaban por sus mejillas abundantes lágrimas.

Esta isla es por ahora la imagen de la primitiva Iglesia. Fé viva, caridad ardiente, mucha delicadeza de conciencia, insaciable avidez por oír la divina palabra, tales son las virtudes que vemos florecer en ella. Despues de los primeros bautismos, algunos gefes poderosos, cansados de la prisa que se daba la multitud á solicitar la misma gracia, ejercian mil vejaciones contra los nuevos neófitos; pero no por eso los intimidaban: «Ellos son los dueños de nuestros bienes, me decia uno de estos buenos naturales; hagan pues de ellos

lo que quieran: libres son de quitarnos la vida, si así les place; pero que nos dejen nuestra Religión, y ya estamos contentos.» Un día ví en una casa á una muger ocupada en un trabajo verdaderamente abrumador, y no pude menos de mostrarme indignado por ello; mas ella me contestó sonriendo: «Pues yo estoy tranquila; todos los objetos que se nos quitan son bagatelas: ¿no es en los cielos donde está nuestra riqueza?» Este pensamiento del cielo les hace desear la muerte con un ardor increíble. Habia yo bautizado á un jóven enfermo y fui á verle al cabo de algun tiempo. Me le encontré llorando, y creyendo que estas lágrimas le eran arrancadas por el dolor, me contestó: «No, no; si lloro, es porque deseo ir al cielo.»

Ciertamente que la gracia ha obrado verdaderamente grandes prodigios en esta isla. En los días malos en que la fé parecia á punto de extinguirse, un neófito muy poderoso en Wallis, acompañado de mucha de su gente armada, se halló cara á cara con un gran gefe infiel, que en varias ocasiones habia intentado acabar con él. El gefe infiel, sentado en tierra y con la cabeza tristemente bajada, esperaba el golpe del hacha que sabia tener bien merecido. ¿Qué hará pues el catecúmeno? Se acerca, va á sentarse delante de su enemigo, y le dice: «Tú has tratado muchas veces de asesinarme, tú me odias de muerte; pero sábetelo que la Religión que tú persigues me manda perdonarte, á ella debes tu vida.» Dicho esto le abraza con una ternura que arranca lágrimas al infiel, el cual pocos momentos despues se alistaba con su familia en el número de los catecúmenos (1).»

Otro misionero, el Sr. Verne, escribia en 10 de diciembre de 1846: «Todo el

(1) *Anales*, t. 13, n. 90, p. 400.

(1) *Anales*, t. 13, n. 90, p. 403.

tiempo que hemos pasado en Wallis ha sido de fiestas para nosotros y para sus habitantes. Hemos venido á estar allí mes y medio; pero ¡cuán edificado y confundido he quedado al ver la piedad de aquellos isleños! A todas horas, de día y de noche, está uno seguro de hallar fieles adoradores ante el Santísimo Sacramento. Todas las mañanas, se hace en comunidad la oracion y se asiste á misa, durante la cual se cantan cánticos religiosos. Al llegar la noche, ó como dicen los naturales, cuando *la cigarra ha cantado*, se reúnen de nuevo al pie de los altares para la oracion de la noche, concluida la cual regresan los fieles á sus casas. Pero apenas se ha reunido la familia, en todas las casas sin escepcion se reza el santo rosario, y despues se cantan cánticos religiosos y se repasa el catecismo. En este momento no se oye en toda la isla sino un concierto de alabanzas, durante el cual es imposible no enternecerse y derramar lágrimas. Todos los sábados se adornan los altares con flores olorosas y guirnalda. Los domingos por la tarde tienen unos recreos inocentes: dos veces he asistido á sus simulacros; los campeones eran cuatrocientos, armados de lanzas, y el estribillo de sus canciones patrióticas durante la lucha era este: «Virgen Santísima, haced que muramos como Santos.» No puedo comparar mejor las dos parroquias de Wallis que á dos comunidades fervorosas donde reinan á la vez la paz, la alegría y la inocencia. La Religion lo es todo en Wallis; ni se vive ni se respira sino para ella.

El sábado siguiente á nuestra llegada fué notable por un acontecimiento muy tierno. Una isla llamada Toquelai ó Clarence, distante de Wallis doscientas ó trescientas leguas, empezó á sentir las calamidades del hambre, por haber sido assolada por un huracán que destruyó los cocos, los árboles del

pan y otras plantas. Algunos de sus naturales se embarcaron para una isla vecina, donde esperaban hallar víveres en abundancia; pero sus piraguas se vieron en plena mar asaltadas por una violenta tempestad que las dispersó ó las cubrió con las olas; dos de estas piraguas, despues de haber andado errantes mes y medio á merced de los vientos, fueron arrojadas en las costas de Wallis. Aquellos pobres náufragos no tuvieron en todo ese tiempo otro alimento que algunos cocos y la pesca que podían haber á las manos; así es que nada hay comparable á la debilidad y miseria en que se encontraban. Apenas se les divisó desde Wallis, acudieron gentes de aquí á sus piraguas para que desembarcasen en la orilla; pero ellos no se fiaban, pues temían caer en manos de caníbales que no tardarían en comerlos. Por una coincidencia de las mas providenciales se hallaba en Wallis una jóven de la isla de Clarence que hacia algunos años se habia establecido allí, no se sabe cómo. Movida de curiosidad como los demas, fué tambien á la playa, y se quedó sorprendida al oír el idioma de aquellos desgraciados; pero su asombro se trocó en alegría cuando vió que uno de ellos era su anciano tío, jefe de la isla Clarence. Vuela en seguida, se arroja en sus brazos, le estrecha contra su corazón, y le riega con sus lágrimas, invitándole á desembarcar y asegurándole que no solo no les matarían, sino que antes bien los colmarían de beneficios. En efecto, no bien echaron pie á tierra en Santa María, les trajeron de todas partes vestidos para cubrir sus carnes y los condujeron en triunfo hácia la iglesia. En un instante reuniéronse allí mil doscientas á mil quinientas personas y les prodigaron todas las atenciones de la mas tierna hospitalidad. El señor obispo, los sacerdotes, el mismo rey y toda la poblacion les sirve y los consuela. Mientras se dispone un gran *cava*

su honor, los hombres saludan á los nuevos huéspedes con una salva de fusilería de cincuenta disparos. Al oír esta descarga, caen en tierra los pobres náufragos y creen llegada su última hora; el viejo jefe de la isla Clarence se arrojó al cuello del rey de Wallis y le tuvo abrazado largo rato suplicándole le salvase la vida. Para disipar sus temores se les hacen mil caricias y se les asegura que están con unos amigos, con unos hermanos, que no les harán daño; al fin se consigue que vuelvan de su estupor.

Al otro día, que era domingo, debia officiar pontificalmente el señor obispo con motivo de nuestra llegada. Se decoró la iglesia con sus mas bellos ornamentos, ostentamos todas las riquezas de la mision y pusimos el trono episcopal. Los naturales por su parte cubrieron el santuario con guirnalda y con vasos de flores. A las ocho se cantó la misa con toda la solemnidad posible. A vista del templo tan engalanado y resplandeciente con las luces, á vista de los eclesiásticos asistentes al obispo, al oír aquellos miles de voces acompañadas con ¡el ophicleide, quédanse como embobados los náufragos, que el rey habia dispuesto se colocasen al lado de su trono. Pero en el momento de la elevacion, cuando en el silencio de la multitud recogida y prosternada se oyó de repente la redoblada salva del *Arca de la alianza*, quedáronse pasmados, póstraronse en tierra pegando su rostro en el suelo y no querían levantarse. Pobres infieles, nos han hecho derramar lágrimas de ternura. Hoy se rien de sus pasados terrores y bendicen una y mil veces á la Providencia que de una manera tan extraordinaria los llamó al conocimiento del Evangelio. Cuando estén instruidos y bautizados, el señor obispo los enviará á su isla, donde serán sus apóstoles, ínterin se puede pro-

ó festin en porcionarles misioneros (1).

A una jornada de Ouvea ó de Wallis, se halla la isla de Futuna, donde fué asesinado el P. Chanel, primer misionero. El obispo Pompallier dispuso que un navío francés reclamase los restos del mártir; pero con la condicion de que no se hiciese daño á los que le quitaron la vida. El resultado de esta gestion fué el siguiente, segun refiere un testigo ocular, el segundo misionero de Wallis: «Parece cierto que la muerte del P. Chanel habia consternado á la mayor parte de los indígenas; pero los asesinos eran poderosos y así todo se redojo á murmurar en secreto contra ellos. Los golpes de la Providencia hablaron mas alto que la indignacion popular. El rey cayó muy luego en un estado de languidez que hizo desesperar de su vida; era de extraordinaria gordura y en poco tiempo se quedó sumamente flaco. Su principal cómplice no tardó en seguirle á la tumba, y unos dolores intolerables dieron á su agonía todos los caracteres de una venganza divina. Poco despues de sus funerales se presentó el navío francés que recobró el cuerpo del mártir y llegó á la isla el jóven *Sam-Keletoni*, aquel fervoroso catequista que se habia marchado de Futuna despues del martirio de nuestro hermano. Su celo y su prudencia acabaron lo que la muerte de los dos principales culpables habia comenzado; muy luego se hizo en los ánimos un cambio favorable; el partido de los vencidos y el de los vencedores rivalizaron en deseos de instruirse por los catecúmenos del P. Chanel; fueron abolidos los *Tapus*, quemados los ídolos, y para manifestar con un acto público la gratitud del país al autor de su conversion, la mitad de la isla decretó

(1) *Anales*, t. 20, n. 120; setiembre 1848, p. 346 y siguientes.